sí, y te dexará gozar tranquilamente del descanso en que te has establecido, y el que en vano intentaria turbar. No lo dudes, amada Bartolina, el desprendimiento y abnegacion evangélica en que vas á entrar, te coloca sobre el monte santo de la religion, donde como en la cumbre del monte Olimpo, estarás á cubierto de todas las borrascas que se forman en la atmósfera inferior, quiero decir, que en el centro de los claustros estarás libre de todos los males que afligen á los amadores del mundo: exênta de los peligros, de las ocasiones, de los precipicios y de las miserias en que gimen los habitadores de la tierra: oculta y separada de todas las tempestades que baten y agitan el prozeloso mar del siglo; y apartada de todas las revoluciones y sucesos que circulan por las calles y plazas de la prostituta Babilonia. Desde la cumbre de la religion mirarás á lo lejos los lamentables gritos y funestos gemidos de los que perecen en las furiosas olas y redes que tienden las encantadoras sirenas, cuyos silvos oirás con indiferencia en el reposo de tu quietud y descanso: desde allí experimentarás lo que le sucedió á Loth, uno de los famosos Patriarcas de la ley natural, que llegó á registrar desde lo alto de la montaña, adonde le conduxo el Angel, el incendio en que se abrasaba la infeliz Sodoma, de donde habia salido con su familia: así llegarás desde el seno de los claustros á oir los pesares, las discordias, las pérdidas, las caidas, las confusiones, y tantos otros accidentes inopinados en que se abrasa la Sodoma del siglo; pero defendida con el muro impenetrable de la religion, y puesta una barrera

de separacion entre ti y el mundo mirarás con una santa indiferencia todos sus acaecimientos: tu corazon vacío de las cosas terrenas, no tendrá ocasion de anhelar por las riquezas, por las honras, ni por los placeres: los infortunios no te molestarán, los cuidados no dividirán tu ánimo, las desgracias no te amargarán, y nada será capaz de disputarte el reposo y descanso en que te has fixado.

Es verdad que no por eso debes lisonjearte de que en el retiro de tu soledad no puedan acometerte algunas representaciones terrenas, algunos espectáculos alhagüeños, y algunos objetos engañadores que pretendan turbar la serenidad de tu corazon; porque aunque vas á desprenderte enteramente del mundo, pero jamás podrás desasirte totalmente de ti misma, de tu imaginacion, de tus sentidos, y de una carne prevaricadora que siempre conserva en el fondo de su misma substancia algunas chispas de fuego atizadas por el fomes de la concupiscencia. Tambien es cierto, y no te lo puedo negar, que en el seno mismo de los claustros tendrás que tropezar tal vez con algunos genios desabridos, con algunas superioras indiscretas, con algunas subalternas mal avenidas, y con algunas compañeras de condicion contraria á la tuya, que pudieran entorpecer los progresos de tu adelantamiento, é inquietar, en cierto modo, el sosiego y quietud que te proporciona la casa de Dios que has elegido; pero tambien es constante que en el retiro de los claustros lloverá Dios sobre ti mayor abundancia de dones celestiales, de soberanos auxîlios, y de gracias sobrenaturales, que á manera de un maná oculto suaviza-

que es susceptible la naturaleza, remontada á una santidad que la eleva sobre la esfera terrestre, y colmada de unos dones sobrenaturales casi no oidos en la Iglesia desde su nacimiento.

Si contemplo los rapidos vuelos de su pluma ingeniosa, se me figura otro Elías, que elevandose por la region etherea en el misterioso carro de la contemplacion, bebe en el seno mismo de la divinidad aquella ciencia sublime, que la distingue entre los mas ilustrados Doctores, que la ha hecho respetar como el aguila de la Teología mistica que ha arrancado de la boca de los sabios los mas singulares elogios, y ha precisado al Vaticano á canonizarla como una emanacion divina inspirada por el Padre de las luces. Si considero los progresos de su zelo, la veo que como un nuevo Neemías reanima el sagrado fuego del Santuario, vuelve al Carmelo su antiguo esplendor, renueva su primitiva pureza, y llega á ser madre de la posteridad de Elías; los pueblos se disputan la dicha de poseer su Reforma dentro de sus muros, la fama de sus progresos vuela como un fuego rapido por todos los paises de la Europa, las Cortes se conmueven al sonido de sus maravillas, Felipe II. sentado entonces sobre el trono de España, apoya el proyecto de Teresa con todo el peso de su autoridad Real, y la Silla de San Pedro confirma la empresa de la Reforma, de la que reconoce á Dios por autor unico.

Y ved aquí, que este cúmulo de circunstancias, que pudiera por su variedad hacer zozobrar al ingenio mas robusto, me proporciona sin embargo nuevas ventajas para fundar el Panegirico de esta

Vírgen incomparable. ¿Cómo así? Porque un pensamiento de gloria, capaz de llenar de algun modo la extension de su merito, me está precisando á que me transporte en espíritu á las regiones del Aquilon, y con mano intrepida estampe sobre el marmol que cubre su incorrupto cadaver, aquella celestial inscripcion que el mas sabio Monarca de Israel grabó en los libros de la antigua alianza para encarecer los dotes de la sabiduría: *Quæsivi sponsam mihi eam asumere, et amator factus sum formæ illius.* Me propuse tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria. Así hablaba antiguamente el Rey Salomon, y yo me persuado, que baxo esta hermosa sentencia nos dexó un cumplido elogio de la prodigiosa Vírgen de Avila. Digamos pues sin rezelo, que Dios amó desde la eternidad á Teresa como á esposa suya. ¿Pero de qué modo? Atendedme, porque en esto consiste todo su elogio. La amó como á esposa suya disponiéndola al real talamo por medio de gracias especiales, y de una escrupulosa experiencia que hizo de su fidelidad y constancia, *quæsivi sponsam mihi eam asumere*: primer indicio de su amor, y primera parte de mi discurso. La amó como á esposa suya, interesándose en exâltarla y colmarla con los mas señalados favores de su soberana diestra: *et amator factus sum formæ illius*: segundo indicio de su amor, y segunda parte de mi Panegirico. Imploremos los divinos auxîlios para el acierto, por la intercesion de María; saludándola con el Angel

AVE MARIA.

Como Dios habia elegido á la incomparable Teresa con singular predileccion antes del nacimiento de los siglos para esposa suya, la adornó al tiempo de nacer con aquel conjunto de circunstancias que forman el peculiar caracter de una alma escogida, y la proporcionó desde la cuna tantos privilegios y mercedes que solo pudo combinarlos su adorable Providencia: la concedió una alma ingeniosa, parecida á la de Salomon, llena de bondad y dulzura, un candor de animo inaccesible al vapor de la corrupcion, unas inclinaciones aptas á perfeccionarse con el soplo de las inspiraciones, un espíritu vivo, naturalmente inclinado á objetos grandes, un talento propio para abrazar el sistema de la razon, un juicio sólido incapaz de deslumbrarse por las apariencias, un corazon generoso capaz de amar mucho, é incapaz de amar mas de lo necesario, un valor inalterable muy superior á la comun capacidad de su sexô, una bella indole, y un genio docil, que fueron otros tantos presagios de su futuro heroismo.

A estas felices qualidades añadió la mano Omnipotente los fomentos de la educacion paterna, y los estimulos de una familia que parecia el patrimonio de los justos. Nació la venturosa Vírgen de una familia noble y llena de honores y fortuna, donde solo reynaba la paz, la union, la armonía, la subordinacion y la piedad, y en la que halló quantos medios pueden desearse para mover una alma y guiarla al apice de la perfeccion. En su padre veia un Jacob, ascendiente de doce hijos, á los que edificaba con sus exemplos, y gobernaba con sus consejos. En su madre una muger fuerte igual á Raquel en hermosura, á Lia en fecundidad, y á ambas en piedad y modestia. En su amable nacion encontró una semilla de heroes, cuyas acciones inmortales podian alentarla al sequito de la virtud, un esquadron de esclarecidos Doctores que habian ilustrado la peninsula con los rasgos de su valiente pluma, de zelosos pastores que la habian cultivado con los sudores de su apostolado, de ilustres vírgenes que la habian santificado con sus huellas, de esforzados martires que la habian teñido con su preciosa sangre; y para decirlo en compendio, el cielo destinó el nacimiento de Teresa en el seno de una familia gloriosa, donde todo lo que mira al rededor de su ilustre cuna, no respira sino estimulos de santidad y de virtud.

Pero aun pasó la Providencia Divina mas adelante; á todas estas saludables proporciones de la naturaleza, adelanta los dones de la gracia, capaces de propagar á la tierna Esposa mayores incentivos en la carrera de las virtudes. La inspira en los preludios de la infancia el amor á la soledad, haciéndola insipidos los tumultos de Babilonia; graba en su corazon tierno una inclinacion natural al bien, al honor, al agradecimiento y á la piedad: un pudor y una antipatía extrema á la menor mancha que pudiera empañar su alma; imprime en su entendimiento la hermosa idea de las cosas celestiales, y una secreta indiferencia á todo lo terreno; la inclina á los exercicios de la oracion, haciendo que experimente en ella sus dulzuras; inspira finalmente en su voluntad un deseo eficaz de ser fiel á Dios

en todas sus acciones, y llenar toda la medida de sus deberes.

Ved ahí los preciosos dotes con que el Señor adornó este vaso de eleccion, que destinaba para su gloria y servicio; ó por mejor decir, ved ahí una Vírgen dichosa objeto de las caricias de Dios, prevenida con las bendiciones de su diestra, y enriquecida con las mas exquisitas joyas de la gracia: pero una Vírgen cuya pronta correspondencia á los favores del cielo, contribuyó á formarla una Esposa digna de la eleccion y de las complacencias de su amado. ¿Deseais verlo? Retroceded en espíritu al siglo XVI., y observad con reflexion sus primeros ensayos. Yo registro, Señores, con cuidado los fastos de la Iglesia, y aunque advierto una serie brillante de ilustres victimas, de que hace ostentacion el christianismo, aunque veo el precioso holocausto que ofrecieron al Esposo celestial las Ineses, Rufinas, Ursulas, Catalinas y Eulalias, nada me parece mas agradable, que el que presenta Teresa de sí misma en el primer uso de su razon. Ella empieza su carrera por donde acaban los mayores heroes de la gracia, y á pesar de quanto tiene el martirio de mas repugnante á la naturaleza, á pesar de las caricias de un padre que la ama tiernamente, ella se escapa de entre sus brazos, y vuela á los siete años no cumplidos en alas de su fervor hácia los paises de los Moros, lisonjeandose de que aquellos bárbaros, enemigos de su fe y de su nacion, tendrán tanta fiereza para degollar una víctima todavia balbuciente, como valor ella para ofrecerse al sacrificio.

¡Qué acto tan heroyco de religion tan capaz de acreditar la gloria de Teresa, sobre todos los triunfos y laureles de los primeros siglos! Pero el ángel que vela por la felicidad del Carmelo, y por la gloria de toda la Iglesia, detuvo los fervorosos vuelos de esta inocente víctima, aceptó el cielo sus deseos como en otro tiempo los de Ananías sin disminuir su mérito; pero frustró su sacrificio porque la tenia destinada para otros combates mas prolongados, en que por un nuevo genero de martírio habia de alcanzar la corona con las penitencias y castigos de su propia carne. Teresa llora su desgracia, y vuelta á la casa de sus padres no halla otro consuelo que el de ocultarse á los ojos del mundo en una pequeña ermita, que edifica con sus propias manos, para acostumbrarse al retiro y á la oracion: allí encerrada dentro de sí misma, se ocupa en ataviar su alma con todos los adornos que podian ganar el corazon de su dueño: allí se apresura á agradarle, ofreciendole en holocausto los placeres mas legítimos que le permite su puericia: allí observa los movimientos de su corazon para escusar el menor desliz que pueda ofender los ojos de su amado: allí se aplica á mortificar sus sentidos, á recoger sus potencias, á vencer sus deseos, á sofocar sus inclinaciones, á alimentar su espíritu, á sujetar su voluntad, y perfeccionar sus acciones. ¡Ah! ¡Qué feliz hubiera sido la joven heroina, si el espíritu de la distraccion no hubiera entiviado sus primeros fervores, y si el sutil veneno de la vanidad no hubiera profanado en cierto modo el Santuario de su corazon!

El comun enemigo ingenioso en el arte de sorprender, se empeña en arrebatar al Esposo esta víctima que parecia haber ya coronado con sus manos. El seductor busca en la misma Teresa los instrumentos de su depravacion, se vale de su genio festivo, de su espíritu generoso, y de su hermoso talle para sugerirla ciertos deseos vagos de agradar, de ver y ser vista; ciertas complacencias secretas, ciertos adornos afectados, y ciertas lecturas gustosas y atractivas que empezaron á resfriar su piedad, y la iban despeñando al precipicio.

¿Y qué, permitirá el Esposo celestial que una Virgen destinada á ser la honra de su sexô, y el oráculo de su siglo, cayga en la ignominia de ser víctima de la vanidad? ¿Sufrirá un amante compasivo que la ilustre Teresa llegue á ser presa infeliz de las garras de satanás? No lo creais. Dios, que la habia elegido en los esplendores de los Santos para esposa suya, alarga la mano para sostenerla, acude liberal á socorrerla, la toca al corazon con nuevas gracias, la habla interiormente, la ilumina, la fortifica y hace renacer en su espíritu su antiguo fervor. Entonces asustada Teresa al ver el precipicio adonde insensiblemente se iba arrimando, se propone inmediatamente evitar para siempre las falacias de un mundo engañador, forma la resolucion heroyca de cortar los vínculos mas intimos de la carne, que pudieran servir de obstáculo á sus designios, abandona los brazos de su amoroso Padre, y ya que no pudo dar su vida por Dios baxo los filos de la espada Sarracena, á lo menos se determina á consagrarle su libertad en las aras de la religion.

¡O monte santo del Carmelo! Tú solo tenias derecho al corazon de Teresa; recibe el parabien de ser tú el feliz depositario de una Vírgen heredera de las virtudes del grande Elías, cuyo nombre será el mas precioso de toda la Iglesia, y cuyos progresos fixarán para siempre su primitivo esplendor. En efecto, luego que la joven doncella pisó la montaña santa que habian trillado los Profetas, y se vió honrada con la qualidad de esposa de Jesu-Christo, se adelantó con muchas ventajas á quantas Vírgenes habian emprendido antes que ella el camino de la perfeccion religiosa; como su noble corazon era capaz de una dilatacion inmensa, apenas entra en los nuevos empeños que habia contraido con su Esposo, quando reune todos los resortes de su alma, todo el nervio de sus potencias, toda la vivacidad de sus pensamientos, y todo el fervor de sus deseos para pertenecer á solo Dios, y agradarle como á su unico dueño: su espíritu generoso avergonzado de su tibieza pasada, abraza en toda su extension las virtudes que podian interesar la satisfaccion de su amado: observa un silencio inviolable, al que junta una oracion continua, soledad impenetrable, contemplacion extática, fervor indecible, austeridad asombrosa, divorcio eterno con la tierra, perfecta abnegacion de sí misma, humildad profunda, pureza acendrada, obediencia ciega, pobreza extrema, caridad ardiente, zelo activo, fidelidad inalterable, candor, sinceridad y amor inmenso á su Dios. Poco he dicho, por mas que he compendiado las virtudes que componen el elogio de muchos Santos; pero si habeis leido la vida de la ilustre Teresa, ya habreis

entendido que apenas he dado principio á su elogio.

Renuévase en su alma muy á los preludios de su retiro la memoria de las ligeras infidelidades que habia usado en el siglo con su Esposo, las que no salieron de la esfera de venialidades, y al punto se constituye un Juez inexôrable en su propia causa, las delata, las acrimina, las abulta en su opinion, ó por mejor decir, ella se calumnia á sí misma, se apropia los humillantes epitectos de muger ruin, de abismo de iniquidad, de monstruo de ingratitud, y se condena al suplicio de la mas dura penitencia, sin condescender con la fragilidad de su sexô, ni con la miserable constitucion de un cuerpo asaltado de las enfermedades mas agudas, reune en su persona todo el espíritu de mortificacion que hizo tan memorables á los pobladores del antiguo Carmelo; vestida de una tunica burda y grosera, se sujeta á un prolixo ayuno de toda la vida, y el escaso alimento que alguna vez llega á sus macilentos labios, apenas basta para entretener su desfallecimiento; un lecho duro mal avenido con el placer, es el lugar de su descanso; los silicios y disciplina son los atavíos con que se adorna esta nueva Estér para agradar al divino Asuero: una crucifixîon severa de los sentidos, vigilias continuas, exercicios laboriosos que no dexan respirar al amor propio, y que mudando de objeto no hacen mas que cambiar el suplicio, éste es el círculo de toda su vida; en una palabra, la medida de sus mortificaciones fué mortificarse sin medida; y el término de su padecer fué padecer sin término: *Aut pati, aut mori:* como decia esta misma Santa.

¡Qué espíritu tan austero! Espíritu que fué como el carácter de Teresa, que la acompañó hasta los ultimos linderos de la eternidad. Sin embargo, es preciso confesar, que su pasion dominante fué el amor á su divino esposo. La naturaleza habia dado á esta Vírgen un corazon sensible, depósito de toda especie de afectos, cuyo fondo de ternura solo necesitaba una leve impresion para enardecerse, y Teresa encontró en los atractivos de la gracia todo el impulso que podia esperar. ¡Ah! ¡quién pudiera decir el término á que llegó la vivacidad de su amor! Siempre á los pies de los altares en busca de su Dios, ansiosa de renacer como el Fenix de las cenizas del antiguo Adan para transformarse en su amado; siempre ocupada en sus divinas alabanzas, derramando su alma en unas efusiones tan tiernas, en que parece se agota el corazon humano; siempre abrasada en una hoguera, cuyas llamas la elevan sobre lo terreno, y la precisan suspirar por su esposo. Señor, le decia en el exceso de sus deliquios, entrad en esta alma, cautiva en una region que me separa de tu vista, y encerrada en un cuerpo que me dilata tu posesion: yo no quiero respirar sino para amaros; vuestro amor es toda mi exîstencia, es un peso violento que me arrastra como á su centro, todo me es odioso sin vos, las criaturas irritan las santas impaciencias que tengo de gozaros, la muerte es mi mayor suplicio por lo mucho que tarda, y no me dexa mas aliento que para pronunciar que muero porque no muero.

Ved aquí unas frases sublimes, que el amor divino animó en los labios de la Seráfica Teresa, capaces de triunfar del corazon de su Esposo, y que

sin embargo no la merecieron mas recompensa que veinte y dos años continuos de indiferencias, sequedades y desdenes, en que sufre la enamorada Vírgen todos los rigores de una virtud triste y amarga. ¿Quién lo creeria, Señores? Pues no lo dudeis un solo momento. Como Dios es un amante zeloso que lo quiere todo para sí sin admitir excepciones, antes de franquearla el honor de Esposa, la prepara una cadena de tribulaciones para hacer una escrupulosa experiencia de la fidelidad de esta alma santa; á este fin junta en el ánimo de una Vírgen flaca, atacada de males complicados, todo quanto sufrieron un Job en el muladar, un David en los páramos de Idumea, y un Pablo en su apostolado; desolaciones de espíritu, penas interiores, obscuridades interminables, sugestiones malignas, persecuciones exteriores, calumnias atroces, escrupulos, ansiedades de conciencia: estos son los arbitrios de que se vale el Esposo muy propios para hacer vacilar al espíritu mas animoso, y estas son las pruebas terribles que van á decidir la constancia de Teresa: *Quæsivi sponsam mihi eam assumere.*

Idlo observando con toda reflexîon. En lugar de aquellas suavidades que sentia en la virtud, se levanta improvisamente en su corazon un mar de tentaciones que la agitan, su entendimiento fluctua en un abismo de obscuridad, su memoria se llena de fantasmas de ilusion, su voluntad titubea al golpe de las arideces y amarguras: los escrupulos la despedazan, los remordimientos la atormentan, la penitencia la asusta, la oracion la repugna, y la soledad la acobarda. Indecisa entre un torbellino de

temores levanta al cielo su voz interrumpida con sollozos; pero el cielo se vuelve de bronce: el mismo Dios se le esconde entre nubes, y la dexa inundada en un caliz de amargura. Desfallecido su corazon con tanto rigor, suspira, clama, se quexa y llega casi á punto de perecer.

No obstante Teresa, esta valerosa Judit, vuelta sobre sí, encuentra en el seno de su humildad los consuelos que no ha podido hallar en medio del mas triste desamparo. Ella se dice á sí misma: ¿entraste acaso Teresa al Carmelo á servir á Dios por los consuelos que reparte, ó por el infinito amor que se merece? Ahora que experimentas el penoso desvio de sus desdenes, has de mostrarte mas fina en su obsequio que en otras ocasiones. ¡O constancia inimitable! Esto llamo yo pelear con Dios, y vencer como Jacob sus lentitudes con una santa porfia. En efecto: el Señor, que por altos designios de su providencia, y por dexar á la posteridad un modelo de constancia, tardó veinte y dos años en responder á su afligida esposa, supo recompensar bien esta tardanza, la envia dos varones de primer órden que edificaban la España en aquella feliz época, para que asegurasen su espíritu fluctuante: los Alcantaras y los Borjas son para Teresa lo que habian sido los Gerónimos, los Benitos y los Franciscos para las Paulas, Escolásticas y Claras: estos nuevos Rafaeles la guian por los fragosos senderos de la virtud, la iluminan en sus dudas, disipan sus tinieblas, calman sus temores, aquietan sus escrupulos, fixan su espíritu, y Teresa corre viento en popa tras los perfumes de su Esposo, gozando de una apacible sere-

nidad despues de una borrasca tan deshecha.

¿Pero se acabaron por eso las aflicciones? ¡Ah! Ahora es quando se renuevan los zelos de su Esposo, y la dispone un nuevo genero de pruebas superiores á su sexô. Aparécesela visiblemente, y la manda que tome á su cargo la obligacion de zelar su honor, y contribuir de todos modos al aumento de su gloria. *Deinceps ut vera sponsa meum zelabis honorem.* ¡Qué impresion tan violenta no hicieron sobre el tierno corazon de Teresa los ecos de su Esposo! Juzguemos nosotros de su tamaño por la grandeza de las empresas que abrazó para desempeñar su fidelidad. Instruida de la voluntad de su dueño, y animada de su amor, forma el gran proyecto de restituir al Carmelo su antiguo explendor, reparando con su zelo las brechas que el tiempo socabó en la montaña santa de los Profetas; este grande Orden, que esconde su origen en los mas remotos siglos, habia sido la mansion de los Angeles del desierto: sus profesores habian conservado muchos años el espíritu de su primer fundador, y se habian hecho recomendables por su separacion del mundo, por la inocencia de sus costumbres, por la integridad de su fé, y con su zelo por la Religion; pero la humana instabilidad, que no respeta ni las obras de los Santos, se atrevió á alterar esta obra del grande Elías: sus hijos empezaron á alexarse de su profesion con pretexto de caridad, y conversando con el mundo, apagaron insensiblemente el fervor que habian mamado en la soledad. Solo la gran Teresa, para cuyo amor no habia imposible, era capaz de emprender un proyecto tan arduo, que ha

asustado siempre á los Papas y Soberanos. Solo ella pudo resolverse á dar unos nuevos hijos á su padre, y un nuevo nacimiento á su propia madre, quiero decir, á la Religion, que la engendró en su seno: *In spiritu, et virtute Eliæ.*

¡Pero qué fatigas no sufrió en la execucion de esta empresa! ¡Qué oposiciones no padeció! ¡Qué lagrimas no derramó! Al dar principio á su Reforma divisa sobre el Orizonte de España una tempestad furiosa, cuyas olas parece que iban á sumergirla en el abismo: todo el Reyno se pone en movimiento: unos la pintan como una muger prestigiosa, que quiere eludir al público: otros la miran como á una hipócrita, que mezcla su propio interes con la honra del Señor: los politicos la juzgan delinqüente contra el Estado, los sabios imaginan que está seducida por el espíritu del error, los mas piadosos la muerden con sus sátiras, sus confesores la exôrcizan, sus hermanas huyen de ella como de un contagio: los pulpitos, los estrados, las plazas, los claustros, todo está en fermentacion: las Cortes, los Obispos, los Tribunales, todos forman partido para interceptar los primeros vuelos de su empresa. ¿Mas qué importa? Teresa, esta invencible heroina, apoyada en su fidelidad, concluye una obra que hubiera acobardado á innumerables heroes unidos entre sí, y para cuyo éxîto no hubiera bastado todo el poder del mundo: una Vírgen pobre, destituida del humano socorro, á pesar de todos los obstáculos, á pesar de sus enfermedades, y de la debilidad de su sexô, emprende largos y penosos viages, recorre toda la Península, dexando en cada paso